

El oratorio salesiano como espacio pedagógico

*«En medio del mar, en las noches oscuras, en las tormentas
buscamos con desespero un faro, una luz, un abrigo;
En mi experiencia personal de vida, los salesianos fueron faro, luz
y abrigo; esos salesianos que encarnaron a Don Bosco» (xmma).*

En memoria del P. Fernando Peraza, sdb
y P. Guido Rizzato, sdb.

Msc. Xavier Merchán Arízaga
Docente de la Universidad Politécnica Salesiana, Cuenca
Docente de la Unidad Educativa San Francisco de Sales, Cuenca.

A manera de introducción

La ruptura entre la praxis y la teoría educativa se da cuando se proponen teorías fundamentalmente racionalistas, lejanas de la práctica educativa o cuando la práctica quiere validarse por sí misma sin ningún esfuerzo racional por reflexionarse sobre sí misma.

El Sistema Preventivo nace sobre la praxis de Don Bosco en su experiencia de Valdocco; se vuelve en teoría desde una reflexión realizada a lo largo de la vida de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales; y actualmente en el esfuerzo de realizar una epistémica de todo la experiencia realizada; volviéndose de nuevo en praxis en las distintas obras salesianas, renovándose y alejándose de la obsolescencia.

Es por este motivo, que en esta ponencia empezaremos por trabajar los conceptos básicos sobre pedagogía y oratorio; buscando llegar al tema propuesto: *El Oratorio Salesiano como espacio pedagógico*.

Aproximación conceptual al término pedagogía

Si nos remitimos al desarrollo del término, desde su origen etimológico, debemos retroceder en el tiempo y ubicarnos en el antiguo mundo griego, para quienes la palabra pedagogía – paidagogós-, describía las funciones de un esclavo encargado de llevar-conducir al niño hacia el gimnasio.⁵ El paidagogós como término se construye de dos voces: paidos que significa niño y gogía conducir o llevar.

Sin embargo, el acto educativo no comienza con la concepción de este término, inicia con el mismo ser humano y su capacidad de aprender, de abstraer de la realidad conceptos básicos e irlos ligando (Merchán, 2012), superando dialécticamente sus saberes y generando el capital del conocimiento, del cual toma la educación.

Es en este principio, donde la pedagogía centra su atención en los procesos de enseñanza-aprendizaje, tratando de facilitar el camino del aprendizaje del individuo; llegando a definirse actualmente, como el conjunto de los saberes que están orientados hacia el acto educativo, como una ciencia aplicada, con características psicosociales, que tiene la praxis educativa como principal interés de estudio.

Foucault, en el texto *La arqueología del saber* proporciona el deseo de la reconstrucción de la pedagogía, no solo inscrita en el campo del facilitar el proceso educativo desde la sociología, o la histórica del proceso educativo, desde una visión mecanicista; sino la herramienta esencial para el desarrollo del individuo en el campo de sus realidades personales y sociales.

La pedagogía desde aquí no es vista como una ciencia de carácter pragmático, mecanicista; sino más bien como un saber, *pues su discurso alcanza el estatuto de ciencia con sus elementos constitutivos, a saber: el objeto con su correspondiente método y los conceptos...* (Zuluaga, 1999) así el saber pedagógico toca al docente, como ser capaz de comprender la pluralidad-diversidad de formas de aprender, aterrizando las teorías a la práctica educativa, donde cada sujeto se mira y es mirado en sus diversas realidades, con capacidad de transformarlas en el proceso de su aprendizaje y el camino al saber y al ser, como aprendiente o como docente. (Zapata, 2003) en (Merchán, 2012).

Si colocamos ahora la mirada en la vivencia de Don Bosco en torno al Oratorio San Francisco de Sales; podremos encontrar como Valdocco se vuelve pedagogía, desde una reflexión epistémica.

5 El gimnasio era el lugar de encuentro para desarrollar tertulias, sitio donde se generaba reflexión y aprendizajes, donde se aprendía a fundamentar ideas y realizar preguntas. El mundo griego se fundamenta sobre el desarrollo de la filosofía y las preguntas esenciales que ella tiene para enfrentarnos al descubrimiento de la realidad.

Acercamiento a la experiencia oratoriana de Don Bosco

Si tomamos como referente que el proceso educativo nos lleva al saber; y que este saber no es meramente cognitivo; sino que está orientado a la vida, para la vida y desde la vida, encontraremos en Don Bosco una serie de elementos que dibujan su pedagogía; pues este genera nuevas formas de comprender y re-significar las cosas; ya que aunque no inventa la pedagogía o el oratorio, les da una nueva orientación; misma que se fortalece en su propia vivencia y capacidad de discernimiento. Veamos este proceso:

Nacimiento del Oratorio

Don Bosco escribe en las memorias del Oratorio, que es en la fiesta de la Inmaculada Concepción donde se da el principio del oratorio festivo; Don Bosco recuerda: *No bien había entrado a la Residencia Eclesiástica de S. Francisco, cuando ya estaba rodeado de muchachos que me seguían por calles y plazas y me perseguían hasta en la misma sacristía de la iglesia del Convitto. Pero no podía dedicarme por completo a ellos, ya no había un local en donde reunirlos. Sin embargo, un acontecimiento bien simpático me dio ocasión de comenzar el proyecto que tenía en favor de los chicos callejeros de la ciudad y especialmente, de aquellos que salían de las cárceles* (Peraza, 2001).

Ya aquí podemos hacer una inferencia en el camino pedagógico; esto debido a que el hecho educativo no puede nacer en el momento en que el docente se encuentra con sus estudiantes; nace antes, en la concepción misma del educador; ser que descubre la realidad de sus educandos y posibles educandos.

Don Bosco mira con esperanza el futuro de aquellos muchachos; concibe su interés por el bienestar de aquellos jóvenes mucho antes de iniciar su vida oratoriana, se acerca a ellos desde su propia realidad, de manera que la esperanza y la fe en ellos termine proyectándose y generando esperanza y fe de sí mismo en cada uno; esto parafraseando los escritos del P. Julio Perelló sdb, una referencia clara al hecho psicológico de la empatía; de la aceptación. Expresa que para que otro me acepte, debo aceptarlo primero; cuando este se siente aceptado por mi persona se abre y se acepta a sí mismo como es; no trata de mostrarse de otra manera; allí, expresa Perelló, inicia el acto educativo.

Siguiendo con el relato:

El 8 de diciembre de 1841, día de la fiesta solemne de la Inmaculada Concepción de María, cuando estaba precisamente revistiéndome con los ornamentos sagrados para celebrar la Santa Misa, el sacristán, José Comotti, se percató de un chico que estaba en un rincón y lo llamó para que viniera a ayudarme la misa.

–No sé –le respondió sorprendido.
 –Ven a ayudar –le insistió el otro.
 –Pero si no sé –insistió el muchacho–. –Nunca lo he hecho.
 –Estúpido, ¿a qué has venido entonces a la sacristía? –le dijo el sacristán–, y agarrando el plumero, la emprendió a golpes con el mango, por las espaldas y la cabeza del pobre muchacho.
 –¿Qué hace? –le grité en alta voz–. ¿Por qué le pega así? ¿Qué ha hecho de malo?
 –¿A qué viene a la sacristía si no sabe ayudar a misa?
 –¿Y por eso tiene que pegarle?
 –¿Y a usted qué le importa?
 –Mucho me importa porque es un amigo mío. Llámelo en seguida, que voy a hablar con él.

En este otro fragmento del inicio del Oratorio, podemos hilar los elementos pisco-pedagógicos que muestra la experiencia vivida: el acto educativo eficaz y afectivo no se da entre dos extraños, se genera entre personas que se sienten amigas; Don Bosco se identifica con el joven agredido, lo defiende y se autonoombra como su amigo. Comotti toma el otro lado de lo no educativo, dar por sobreentendido que el otro sabe, debe saber y si no se convierte en molestia; enjuicia y separa, cosifica a la persona. Del cuadro de Perelló, el paso siguiente se da cuando el otro se siente aceptado y se acepta así mismo, dando paso a aceptarme a mí.

Los conceptos pedagógicos humanistas, centran en este punto la diferencia entre la educación como fuente de humanización o la educación como reproducción del sistema, tradicionalista y conductista: La unidad entre lo afectivo y lo cognitivo⁶. Don Bosco da unidad al afecto, mismo que predispone a la persona a captar y recibir el mensaje, las propuestas educativas con mayor profundidad, pues toca su persona.

Siguiendo con la narración podemos leer:

El chico llegó temblando y llorando por el dolor de la paliza. Le pregunté, entonces, de la manera más bondadosa:

–¿Ya oíste misa?
 –No –me respondió.
 –Vamos, óyela ahora. Después vamos a hablar de algo que te va interesar mucho.

6 Este es uno de los pilares de la propuesta del método histórico-cultural, y que se replica en las palabras bosquianas: No es suficiente que se les ame, deben sentir que son amados.

Me lo prometió. Yo quería hacerle menos dura la experiencia tenida y borrarle un poco la impresión desagradable que le había dejado el sacristán... asegurándole que ya no habría más golpes, le empecé a preguntar:

- Amigo, ¿cómo te llamas?
- Bartolomé Garelli.
- ¿De dónde eres?
- De Asti.
- ¿Vive tu papá?
- No, mi papá ya murió.
- Y ¿tu mamá?
- También murió.
- ¿Cuántos años tienes?
- Dieciséis.
- ¿Sabes leer y escribir?
- No sé nada.
- ¿Ya hiciste la primera comunión?
- Todavía no.
- ¿Te has confesado alguna vez?
- Sí, cuando era pequeño.
- ¿Vas al catecismo?
- Me da miedo.
- ¿Por qué?
- Porque los compañeros más pequeños saben el catecismo y yo no sé nada. Me da vergüenza.
- Y si yo te lo enseñara aparte, ¿vendrías?
- Desde luego.
- ¿Podría ser aquí, en el coro?
- Siempre que no me vuelvan a pegar.
- ¡Tranquilo, nadie te va a hacer nada! Seremos amigos y nadie tendrá por qué meterse contigo. ¿Cuándo quieres que comencemos?...

A este primer alumno se sumaron poco a poco otros más, pero en aquel invierno me limité a los más grandecitos y que necesitaban una catequesis especial y, sobre todo, a los que salían de las cárceles. Fue entonces cuando por propia experiencia pude comprobar que si los mismos muchachos que salían de la cárcel encontraban a alguien que se ocupara de ellos, que los acompañara en los días en que estaban ociosos, les ayudara a buscar trabajo con honrados patrones y los visitara durante la semana, podían cambiar su vida en una vida honrada, olvidar el pasado y llegar a ser buenos cristianos y ciudadanos honestos. Así nació nuestro Oratorio... (Peraza, 2001).

Este es otro elemento pedagógico clave; los objetivos de la intervención educativa; Don Bosco tiene claro el cambio de vida y la inserción

social positiva de sus muchachos; descubre que el confiar en el otro, en su capacidad, en no juzgarle, en ayudarlo a descubrir lo nuevo es la vía a que el otro asuma como suya la propuesta. Este elemento podemos encontrarlo en el efecto psicológico llamado Pigmalión; donde el otro termina asumiendo una postura preestablecida, cuando este otro siente que los otros esperan eso de ellos.

Don Bosco proyecta en sus muchachos confianza y esperanza; para ello realiza el seguimiento al proceso del educando, pues no se queda en el encuentro de la catequesis, lo visita en su trabajo, le ayuda a encontrar oportunidades y les abre la puerta frente a otros que se las cierran.

- Si juntamos en este inicio oratoriano los elementos psicopedagógicos dibujados hasta ahora encontramos:
- El educador debe conocer el contexto donde se desarrollará el hecho educativo.
- El educador conoce la realidad de sus educandos.
- El educador se identifica con la realidad de sus educandos.
- El educador no juzga o discrimina a sus educandos.
- El educador favorece un clima afectivo y de empatía con sus educandos.
- El educador realiza el acompañamiento de sus educandos dentro y fuera del aula.
- El educador abre espacios de esperanza y oportunidades para el crecimiento y estabilización de los educandos.
- El educador proyecta en el otro esperanza, fe en sí mismo, en la vida, en el futuro y le acompaña en este camino.

Don Bosco dibuja claramente su misión, al describir brevemente el objetivo que se propone al dedicarse a los jóvenes: *Infundir en sus corazones el afecto a los parientes, la benevolencia fraterna, el respeto a las autoridades, el reconocimiento a los benefactores, el amor a la fatiga y sobre todo, instruir sus mentes en las doctrinas católicas y morales, sacarlos del mal camino, infundir en ellos el santo temor de Dios y habituarlos a tiempo para que observen los preceptos religiosos;*⁷ tal objetivo se verá realizado en la cotidianidad de Valdocco dada la articulación de todos los elementos, doctrinales y prácticos, puestos a disposición para la adecuada formación cristiana de la juventud pobre, abandonada y en peligro, pero también de las clases populares. (Jaramillo, 2012).

7 Giovanni BOSCO, *Catalogo degli oggetti offerti per la lotteria a beneficio dell'Oratorio maschile di S. Francesco di Sales in Valdocco*, Torino, Tipografia dir. da Paolo De-Agostini 1852, 7: «Instillare nei loro cuori l'affetto ai parenti, la fraterna benevolenza, il rispetto alle autorità, la riconoscenza ai benefattori, l'amor della fatica e più di ogni altra cosa istruire le loro menti nelle dottrine cattoliche e morali, ritrarli dalla mala via, loro infondere il santo timore di Dio, e avvezzarli per tempo all'osservanza dei religiosi precetti».

Siendo este otro elemento esencial en lo pedagógico, la intencionalidad del acto educativo; esto debido a que no existe una educación neutra, todo acto tiene una intencionalidad, un objetivo; lo que orienta el hecho. Actualmente a esto se le llama misión de las instituciones educativas. Las filosofías institucionales permiten enrumbar las decisiones y orientar los actos; pues no podemos aceptar hoy una educación que no declare su filosofía.

Don Bosco sigue en su narración: *Los sábados iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, de frutas o de pan, a visitar a los que, por desgracia, estaban detenidos. Era una manera de acompañarles, hacérmelos amigos, e invitarlos para que, una vez dados de alta, fueran a buscarme al oratorio* (Peraza, 2001, pág. 63).

El segundo domingo de octubre de aquel año 1844 tenía que anunciar a mis chicos que el Oratorio pasaría a Valdocco... Y precisamente, esa noche tuve otro sueño que parecía ser una continuación del que había tenido en I Becchi a los nueve años. Veo, pues, oportuno exponerlo literalmente:

Soñé, que estaba en medio de una multitud de lobos, zorros, cabras, corderos, ovejas, carneros, perros y pájaros. Hacían un ruido, un alboroto, o mejor, un estruendo capaz de espantar al más valiente. Iba a huir, cuando una señora muy bien vestida, como pastora, me indicó que la siguiera, acompañando aquel extraño rebaño que ella iba conduciendo.

Anduvimos por varios lugares e hicimos tres estaciones o paradas. En cada sitio, muchos de aquellos animales, cuyo número cada vez aumentaba más, se convertían en corderos.

Después de andar mucho me encontré en una pradera en donde aquellos animales, sin hacerse daño, triscaban y comían juntos.

Agotado, quise sentarme a la vera del camino, pero la pastorcilla me indicó que debía continuar andando. Al poco tiempo, me hallé en la mitad de un gran patio cerrado por pórticos, en el fondo del cual había una iglesia. Me di cuenta entonces de que ya se habían convertido en corderos las cuatro quintas partes del aquellos animales.

Después el número fue inmenso. Llegaron, entonces, muchos más pastores para conducirlos y sucedió algo maravilloso: no pocos de los corderos se convertían en pastores que se iban responsabilizando del rebaño. Como seguían numéricamente creciendo, empezaron a dividirse y a dirigir sus pasos en búsqueda de otros animales para guiarlos a nuevos apriscos.

Ya era hora de que yo me fuera a celebrar la misa, cuando la pastorcita hizo que dirigiera la mirada hacia el sur, y vi un campo sembrado de maíz, patatas, coles, remolachas, lechugas y otras muchas verduras.

–*Observa de nuevo* –me dijo.

Lo hice. Entonces pude contemplar una iglesia estupenda y alta. La orquesta y la música instrumental y vocal me invitaban a cantar la misa. En el interior de la iglesia había una franja blanca en la que estaba escrito con caracteres cubitales: «*Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria*».

Siempre en el sueño, pregunté a la pastora en dónde me encontraba, qué querían decir aquel andar y detenerse, aquella casa, una iglesia y después otra.

–*Todo lo comprenderás cuando lo que percibes mentalmente lo veas con los propios ojos.*

Y, como me pareciera que estaba despierto, insistí:

–*Pero, si estoy viendo con mis ojos, sé que voy de camino y qué es lo que hago.*

En aquel momento sonó el avemaría en el campanario de la iglesia de San Francisco y me desperté (Peraza, 2001, págs. 64-65).

Este extracto relacionado con el sueño de los nueve años, recoge varios elementos pedagógicos, mismos que el P. Peraza describe en sus libros. No es menester ahora recogerlos textualmente, sino parafrasearlos desde la experiencia oratoriana:

– Sumado a los presupuestos psicopedagógicos anteriores, para Don Bosco está íntimamente ligado las vivencias en el oratorio con sus sueños; con sus esperanzas; él es y vive su ser de sacerdote y educador en el acto diario de la formación y educación de sus muchachos. El educador debe ser educador, vivir su celo por el desarrollo de sus muchachos; no es un oficio, es una vocación.

– Desde este elemento, para Don Bosco, no se puede separar ningún acto de la intencionalidad pastoral; así la vocación del educador es también un llamado a ser pastor; requisito indispensable para todo aquel que encarne en su vida la educación salesiana.

– Si entendemos los dos elementos anteriores, es inherente el hecho de que el trabajo pedagógico del educador salesiano no nace en la búsqueda simple de lo cognitivo o la adquisición de destrezas o competencias profesionales; nace en la búsqueda de evangelizar y educar, es decir, de buscar en el educando su formación integral; su ser y su saber, de manera que se desarrolle como buen cristiano y honrado ciudadano. La pedagogía humanista mira aquí el centro del desarrollo social, una educación que busque el crecimiento humano del educando, donde la formación de la persona fortalece el desarrollo académico y profesional. Piaget expone en este sentido la zona de desarrollo próximo, donde el entorno posibilita un mejor desarrollo educativo; mismo que para Don Bosco será el crear ambientes, contagiar procesos, aprovechar de los contextos para impulsar al muchacho a su formación.

– El educador – pastor salesiano cree y tiene fe, logra realizar en su vida la síntesis entre fe y vida, entre fe y cultura, entre fe y ciencia; hace lo que debe hacer y espera en Dios los frutos de su trabajo.

Don Bosco resalta que: *La experiencia educativa adquiere siempre nuevos valores pedagógicos y de capacitación en vista de la futura subsistencia económica de los jóvenes: además de la escuela formal, diurna y nocturna, los talleres, la música y el canto (M. O., 65,67).*

Por lo que el ser del educador salesiano no se estatiza en los logros, busca, crea, recrea y está un paso delante de las posibilidades de futuro. El pedagogo no puede confiarse en currículos cerrados, ve más allá previendo los retos y re-planificando el acto educativo.

El pedagogo salesiano no se queda en la seguridad de los logros, se acostumbra a la incertidumbre, misma que vivió Don Bosco en su experiencia del oratorio ambulante, releamos su narración:

Las coles, queridos jóvenes, –les dijo–, si no se trasplantan, no se hacen grandes y hermosas. Pues lo mismo ocurre con nuestro Oratorio. Hasta ahora ha sido trasplantado de lugar en lugar, y en cada sitio logró crecer más y hacer un gran bien a los jóvenes. Empezamos en San Francisco de Asís con una catequesis y con cantos. No se podía hacer nada más mientras permaneciera allí. El Refugio fue como una parada de esas que hacen los trenes para proveerse, y allí efectivamente hubo mucho alimento espiritual: confesiones, catequesis, sermones y entretenimientos bien agradables.

Pero el verdadero Oratorio comenzó al lado del Hospitalito. Ahora la Divina Providencia quiso que lo dejásemos para trasladarnos a San Martín. ¿Estaremos aquí mucho tiempo? No lo sabemos, pero podemos esperarlo ya que, como las coles trasplantadas, el Oratorio se consolidará con un número mayor de jóvenes que quieran enriquecerse de virtudes; habrá mejores escuelas de música y canto, y clases diarias y nocturnas (Peraza, 2001, pág. 70).

Podemos recorrer el obligado cambio, desde San Pedro de Vincoli, en casa Moretta, en un prado Filippi; hasta radicarse finalmente en Valdocco.

La incertidumbre de no tener todo terminado y no creer que ya se llegó a la meta, de no tener nada por completamente seguro, origina una idea psicopedagógica dinámica, la de la búsqueda, la del cambio, la de dar respuesta a las situaciones coyunturales sin olvidar el objetivo central.

El hecho educativo corre el riesgo de perderse en las modas educativas y de no responder a los verdaderos problemas, es allí donde la experiencia oratoriana de Don Bosco nos asienta; en buscar los fundamentos de la educación: ¿para qué educamos? ¿Cómo educamos? Y, ¿cómo evaluamos el proceso educativo?

Revisemos ahora lo que Don Bosco narra cómo un día de oratorio, descubriendo la respuesta a las preguntas planteadas:

Así funcionaba el oratorio: los días de fiesta se abría la iglesia muy temprano y empezaban las confesiones que duraban hasta la misa, que estaba programada para las ocho. Pero como eran tantísimos los muchachos, podía retrasarse hasta las nueve o más tarde. Cuando contábamos con otro sacerdote, este se encargaba de asistir a los chicos y dirigir las oraciones. En la misa los chicos que estaban ya preparados podían comulgar. Cuando terminaba deja-

ba los ornamentos y trepaba al pequeño púlpito para explicar el Evangelio. Ese año, sin embargo, empecé más bien a relatar, en forma sistemática, la Historia Sagrada. Estas narraciones, hechas en forma sencilla y popular, coloreadas con costumbres de la época y de los diversos lugares, completadas con los nombres geográficos y estableciendo las oportunas relaciones con los sitios actuales, agradaban muchísimo no solo a los jóvenes sino a los adultos y los sacerdotes que estaban presentes. Después de la plática se dictaban clases hasta mediodía.

A la una de la tarde comenzaba el recreo: bochas, zancos, fusiles y espadas de madera, y los primeros aparatos de gimnasia. A las dos y media empezaba el catecismo. La ignorancia era, en general, grandísima. Muchas veces me sucedió empezar el canto del avemaría y, de cerca de cuatrocientos jóvenes allí presentes, no había uno solo que respondiera, o que pudiera continuar solo si yo me callaba.

Como todavía no se podían cantar las vísperas, concluido el catecismo, se rezaba el rosario. Más tarde ya pudimos entonar el Ave Maris Stella, después el Magnificat, luego el Dixit Dominus y los otros salmos; por fin, una que otra antífona, hasta llegar a cantar, al cabo de un año, todas las Vísperas de la Virgen. Concluíamos con una breve instrucción que de ordinario partía de un ejemplito, en el que se hacía resaltar un vicio o una virtud. Todo acababa con el canto de las letanías y la bendición del Santísimo Sacramento.

Al salir de la iglesia empezaba el tiempo libre que cada uno ocupaba a su gusto. Algunos continuaban la catequesis o iban a las clases de canto o de lectura; y la mayor parte saltaban, corrían o buscaban otros pasatiempos y entretenimientos. Como yo tenía la experiencia de saltimbanquí, me encargaba de las competencias de salto y de carreras, o les hacía juegos de habilidad y prestidigitación, con cubiletes, cuerdas y bastones. Era la única manera de manejar a esa multitud de muchachos de los que se podía decir que eran: «Como borriquillos y mulos que no tienen sesos».

Por debo decir que si la ignorancia de estos chicos es tan grande, por el contrario son muy respetuosos con las cosas de la iglesia y con el sacerdote, y que tienen grande deseo de aprender todo lo referente a la religión.

Es más, yo me servía de aquellos originales recreos para motivar a mis muchachos sobre la vida espiritual y sobre la necesidad de frecuentar los sacramentos. Con una palabra al oído recomendaba a unos, por ejemplo, la obediencia, a otros, que pusieran más cuidado en el cumplimiento de sus deberes, o que vinieran al catecismo o a confesarse. De tal suerte que era durante esos momentos de descanso cuando yo podía motivar a varios de ellos para que vinieran el sábado por la tarde o el domingo a confesarse. A veces llamaba, durante los mismos juegos, a aquellos que veía más negligentes en frecuentar sus deberes religiosos y los invitaba a la confesión.

Voy a contar un hecho de tantos: a uno se le había insinuado varias veces que cumpliera con el precepto pascual. Cada domingo lo prometía sin ningún resultado. Un día de fiesta, apenas terminadas las funciones sagradas, se había puesto a jugar con todo entusiasmo. Lo sorprendí entonces mientras, como fuera de sí, sudoroso y con la cara encendida, corría y saltaba por todas partes. Le dije que me hiciera el favor de acompañarme un momentito

a la sacristía para ayudarme en alguna cosa. Él, sin más, quería venir así en mangas de camisa como estaba, pero yo le hice ponerse la chaqueta. Cuando llegamos, lo llevé al coro y le dije:

–Arrodíllate en ese reclinatorio. Lo hizo, pero trasladando el reclinatorio a otra parte.

–No, deja las cosas como están.

–¿Qué quiere?

–Pues, confesarte.

–No estoy preparado.

–Eso ya lo sé.

–¿Entonces?

–Entonces, prepárate y te confieso.

–Bueno, bueno, de verdad que tengo necesidad de confesarme. Si no es porque me trae así, el qué dirán de los compañeros no me habría dejado hacerlo. Mientras yo recé una parte del breviario, él trató de prepararse. Después se confesó de muy buena gana y dio gracias con mucha devoción. A partir de aquel momento fue uno de los más asiduos en el cumplimiento de los deberes religiosos. Cuando él contaba la anécdota a sus compañeros siempre terminaba de esta manera:

–Don Bosco supo cazar al pájaro y enjaularlo.

Cuando anochece, los reunía a todos en la iglesia con un toque de campana. Allí se hacía un poco de oración o se rezaba el rosario con el Ángelus y terminábamos con el canto: «*Sea siempre alabado el Santísimo Sacramento del altar*».

Al salir de la iglesia me iba en medio de ellos acompañándolos, mientras cantaban y molestaban todavía un poco. No era raro que subiendo hacia la placita del «Rondó» entonáramos algo religioso. Los citaba para el domingo siguiente y, después de despedirnos en medio de una gritería, cada cual se marchaba a su casa.

Siempre la escena al despedirse del Oratorio era singular. Una vez salidos de la iglesia la despedida no terminaba nunca. Yo les repetía: *¡a casa, a casa, que los esperan!*

Era inútil. Había que dejarlos todavía que se reunieran y que seis de los más robustos, hicieran una especie de silla de brazos y que yo, por fuerza, me subiera en ella como en un trono. Se ordenaban en varias filas, y llevando a Don Bosco sobre esas andas que emergía sobre todos, seguían cantando, riendo y aplaudiendo, hasta la plaza llamada el «Rondó». Pero, una vez allí, se continuaba cantando todavía, y por último se entonaba ese canto solemne «*Sea siempre alabado...*». Se hacía después un gran silencio y yo entonces les auguraba una buena noche y una buena semana. Todos respondían gritando: «*¡Buenas noches!*».

Entonces se me baja de mi trono, ellos se iban a sus casas y algunos de los mayorcitos me acompañaban a casa medio muerto de cansancio (Peraza, 2001, pág. 80).

En esta narración completa de la vida oratoriana podríamos describir todo lo que Don Bosco escribirá sobre su sistema educativo; mismo que sintetiza los aspectos ideológicos, macro y microcurriculares; dentro del proceso la evaluación, el acompañamiento y el cierre del acto, con su propia didáctica.

Don Bosco mira con claridad que su educación tiene una intencionalidad, la de buscar la salvación de los jóvenes; esta intencionalidad la transcribe a su misión: lograr en cada joven oratoriano el buen cristiano y honrado ciudadano.

Para ello describe un sistema:

Crear un clima de afecto y empatía; que en Valdocco será el hogar donde Don Bosco y Mamá Margarita crearán un clima de familiaridad; esta familiaridad donde el amor evangélico se hace vida. A este primer elemento le llamó amorevolezza. Las nuevas teorías educativas dan al afecto vital importancia en la formación del individuo como ser humano; y como componente psicológico que facilita o complejiza el proceso educativo. Esto podemos encontrarlo en las diversas narraciones del santo.

Un segundo elemento nace en la búsqueda del saber, no solo el de conocer; Don Bosco busca que sus jóvenes diferencien el bien del mal, dotándoles de herramientas para obrar el bien: Hogar, educación, acercamiento y encuentro con Dios. Varias de las teorías educativas actuales sostienen la primacía de la autonomía del individuo en su desarrollo; esta autonomía se centra en la unidad entre el ser y el saber; donde Don Bosco colocó la unidad entre razón y afecto, razón y fe, entre valores y trabajo, entre familia, educación y hogar. La autonomía se da cuando la persona asimila e interioriza el valor, lo comprende racionalmente, pero también lo vive por aceptación afectiva; la unidad entre lo cognitivo y lo afectivo aseguran los pasos hacia un actuar autónomo. Por ello la razón salesiana con el amor manifestado busca esa unidad.

El tercer elemento es propiciar en la persona el encuentro con su ser trascendente, capaz de descubrirse como un hijo de Dios, de reconstruirse y revalorizarse en su desarrollo humano. La religión en la experiencia de Valdocco no es una herramienta adoctrinante, es una experiencia de vida, donde la catequesis, la educación, la familia, el trabajo, forjan la personalidad de quienes habitan allí.

Este elemento pedagógico de la unidad entre todas las partes del proceso educativo obliga al educador a ser y hacer, ayudando a que el otro sea y haga; implica a todos en el hecho educativo; cómo podemos ver en esta parte de la narrativa de Don Bosco:

Uno de aquellos días festivos recibí la visita de dos sacerdotes a quienes creo oportuno nombrar. Estaba organizando todo para comenzar el catecismo cuando llegaron dos padres sencillos y respetuosos que deseaban expresarme su complacencia e informarse sobre el origen y la organización de la obra. Pero solo tuve tiempo de decirles:

–Tengan la bondad de ayudarme. Usted venga al coro y encárguese de los mayorcitos –y al más alto–, usted encárguese de esta clase, que es la de los más necios.

Como vi que daban tan bien el catecismo le pedí a uno que dijera a los chicos unas palabras, y al otro que diera la bendición con el Santísimo. Aceptaron gustosos (Peraza, 2001).

Estos dos sacerdotes se convirtieron en bienhechores del Oratorio.

Para finalizar este recorrido por la experiencia del oratorio, debemos comprender que toda la vivencia de Don Bosco se convierte en una camino pedagógico, no de manera insulsa o ingenua; es su praxis educativa la que logra cambios y transformaciones en las personas que visitaron su obra, es su sistema el que generó desde su ideología adeptos, logró cumplir metas en su cometido al formar santos, obispos, personas seglares de bien. Muchas teorías pedagógicas con mucha menos vivencia y experiencia de sus propuestas se han convertido en paradigmas; pero es la falta de una epistémica más profunda la que aún no ha llevado a legitimar como pedagogía lo que Don Bosco llamó Sistema Preventivo, que no se queda en los elementos descritos, sino que se profundiza en un estilo de vida.

El oratorio se vuelve un espacio de vivencia educativa, de praxis pedagógica; en la medida en que se actualizan los conceptos bosquianos a las realidades, en la medida en que se comprende en profundidad las propuestas pedagógicas y los contextos.

Al finalizar con este aporte, quedan dibujadas dos preocupaciones:

¿Por qué siendo herederos de una línea de conceptos educativos profundos, buscamos en otras ofertas pedagógicas sustentar nuestro trabajo? Estoy seguro que no es encerrarse, no es narcisismo, descubrir en la vivencia oratoriana desde Don Bosco, en su llamado Sistema Preventivo, la riqueza invaluable, que debería transformarse en un paradigma pedagógico.

Si para Don Bosco, el oratorio, sitio de vivencia, casa, escuela, parroquia, patio es el engranaje que articula su sistema, ¿por qué nosotros hoy hemos escolarizado las obras, *desorotorizándolas* o hemos reducido la experiencia oratoriana a sitios lúdicos, catequéticos?

El oratorio concebido como un todo, es un espacio pedagógico por excelencia, es sitio educativo, formativo, *profesionalizante*, *humanizante*; debemos hoy en los nuevos contextos volver a esta fuente pedagógica, haciendo de cada obra un Valdocco, resignificado, contextualizado, donde los educadores se integren al acto pastoral y la pastoral sea parte constitutiva del hecho educativo.

Bibliografía

- Bosco, T.
1979 *Don Bosco, una biografía nueva*. CCS. Madrid.
- Bosco, T.
1996 *Don Bosco, historia de un cura*. CCS. Madrid.
- Braido, P.
1993 *Breve storia del "sistema preventivo"*. Las-Roma.
- Jaramillo, R.
2012 *Estudio cognitivo del Sistema Preventivo Salesiano*. Roma: Tesis.
- Merchán, X.
2012 *La ruptura epistemológica entre la teoría y praxis educativa*. Sophia.
- Peraza, F.
2001 *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*. Quito: Editorial Don Bosco.
- Zapata, W.
2003 *La evolución del concepto de saber pedagógico: Su ruta de transformación*. Educación y Pedagogía, 37.
- Zuluaga, O.
1999 *Pedagogía e historia: La historicidad de la pedagogía, la enseñanza, un objeto del saber*. Bogotá: Antrophos.